



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 27. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 3 DE JULIO DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.

De nuevo ha entrado el calor, y ha entrado con tempestades: es la moda del día, y el viernes pasado tuvimos una en Madrid que ha causado desgracias en extremo lamentables. Hacia la puerta de Toledo, nueve niños de corta edad que estaban jugando, quisieron refugiarse contra el granizo que caía con gran fuerza, y llegaron buscando un asilo á la Lóveda de la alcantarilla. Pero como á la nube de piedra siguió una abundantísima lluvia, que convirtió las calles en arroyos, los cuales á la salida de la poblacion se hicieron torrentes, el impetuoso caudal de agua que se agolpó á la alcantarilla arrastró consigo á los niños y si no hubiera sido por la guardia civil y la gente que acudió á su auxilio habrían perecido todos. La policia urbana entre tanto se halla muy satisfecha. Esta señora, que es muy cómoda y muy amiga del ornato y de la limpieza, se cuida poco de ciertas cosas que nosotros juzgamos necesarias. Viene luego la Providencia en forma de casualidad ó de incidente á ponerle ante los ojos las consecuencias de alguna imprevision y le dice: ¡mira! Mas la señora se contenta con mirar por entre la varillas de su abanico y exclamar: ¡qué lástima! ¡Yo no soy para estas cosas! Preciso será mandar cubrir las bóvedas y poner rejas de hierro en todas las alcantarillas: veremos, se pensará en eso para el año que viene. Por de pronto, como el mal causado ya no puede remediarse, como no es probable que venga por este año otra tormenta igual á la del otro día, y como es urgente hacer el viaducto de tal parte, y sacar tres pies mas la casa de tal calle y meter cuatro la línea de tal otra, atendamos á lo perentorio é imprescindible.

El Circo de Price ha sido teatro de otra desgracia. Ejecutábase la otra noche uno de esos ejercicios peligrosos por cuya prohibicion hemos abogado y reclamado

hace tanto tiempo, sin que hasta ahora hayamos conseguido mas que predicar en desierto. Llámase este ejercicio la escalera aérea, y consiste en una escalera colocada horizontalmente junto al techo del circo á una grande altura: súbese á ella un ginnasta y la pasa cogido de las manos haciendo en ella diversas suertes, que serian bellas y entretenidas si la escalera estuviese á cuatro pies del suelo, pero que se convierten en bestiales desde el momento en que la mas insignificante circunstancia puede hacer caer en tierra al atleta y ocasionar una desgracia inevitable. De esta escalera cayó uno de los hermanos Howard la otra noche, y fue retirado del circo en bastante mal estado. Con motivo de un accidente parecido, ocurrido en los ejercicios aun mas peligrosos de la percha ó mástil cuyo extremo se apoya en la faja de un hombre que le mantiene en equilibrio, mientras otro hombre se encarama al extremo superior y ejecuta allí sus habilidades, espusimos hace un mes las consideraciones que se nos ocurrieron para rogar á la autoridad que prohibiese tales ejercicios en la parte que pueden tener de mortales. Por ejemplo, la llamada percha peligrosa, desde la cual una caída no puede menos de producir la muerte ó un accidente gravísimo, debería ser absolutamente prohibida; los trapecios y la escalera aérea deberían ó ponerse á una altura tal que desapareciera el peligro de caer, v. gr., á vara y media ó dos del suelo, ó tener debajo una red para amortiguar las caídas y evitar sus consecuencias. El mismo mérito tiene un ejercicio hecho á dos varas que á cincuenta de altura, y sin embargo, el peligro es nulo en el primer caso, y mortal en el segundo. Es verdad que solo ante un peligro se pueden dar pruebas de valor y serenidad; pero el valor y la serenidad no son cosas que sea lícito, moralmente hablando, ofrecerlas al público en espectáculo para ganar dinero, y sobre todo no es parte de la diversion que los circos ofrecen el contemplar cómo un hombre está espuesto á cada momento á ir á dar cuenta á Dios de sus acciones, por mas fuerza, habilidad y denuedo que tenga, con solo que se distraiga un segundo ó que dé á su brazo una línea mas ó menos de impulso, ó á sus pies un punto mas ó menos de flexion que el necesario.

Hemos sido los primeros en solicitar la intervencion de la autoridad pública en este asunto, y no cesaremos de reclamarla cada vez que se haga necesario.

No se nos hable de las corridas de toros. Estas tienen otra historia, otros antecedentes, y por lo mucho que

se han arraigado entre nuestras costumbres, requieren otras providencias preliminares á su estincion, no bastando una simple prohibicion para acabar con lo que la costumbre y la aficion de un pueblo han consagrado. Los ejercicios atléticos no se hallan en este caso, y sobre todo, porque las corridas de toros y aun las de novillos sean una barbaridad, no es justo que hayamos de abrir la puerta á otras barbaridades estrañas que gracias á Dios no nos interesan, y á las cuales puede ponerse término con una simple orden de la policia.

La empresa de los Campos Eliseos ha puesto en escena el *Guillermo Tell*. A pesar de los ensayos de esta ópera no ha salido tan esmeradamente ejecutada como merece y como hubiera sido de desear. La primera noche la concurrencia fue estraordinaria: pero debió de salir estraordinariamente *atis-fecha*. Un espectáculo del cual se sale á las dos de la mañana, quedándole á uno todavía media legua que andar para volver á su domicilio, es capaz de satisfacer por mucho tiempo al mas descontentadizo. A esto hay que agregar que la diversion es cara: el mas ínfimo asiento cuesta once reales: seis la entrada, tres el asiento y dos los omnibus indispensables.

En el próximo mes de julio se abre la esposicion internacional de Bayona, donde creemos que nuestro pais estará dignamente representado, asi en el ramo de agricultura como en el de minería, en algunos de industria y en las bellas artes. Ya daremos cuenta á su tiempo del resultado de esta esposicion, que es un ejemplo dado á la España para que anuncie siquiera otra del mismo género, ya que aquella famosa universal hispano-lusitano-americana ha caído en la profunda sima del olvido, ó por mejor decir, en la sima mas honda y mas negra aun de la indolencia y del *no importa*. ¿Quién habia de decir en 1857, cuando se acordó celebrar esa esposicion universal, y cuando nombrada una comision para ello hubo sus celos entre personas que se creian con mas derecho que otras á ser nombradas, y cuando se señalaron terrenos para edificar el palacio y sobre su señalamiento hubo dimes y diretes; quién habia de decir, cuando el canal del Manzanares estaba en el pleno ejercicio de sus funciones de envenenador de la atmósfera y receptor de cuerpos de desesperados; quién habia de decir que ese canal desapareciera, y que pasarian años, y que llegaría 1864, y que en 1864 aun se vería lejos, muy lejos, fuera de los límites de todo horizonte visible, la época de la realizacion de aquella grande idea de es-

posición hispano-lusitano-americana cuya paternidad se disputaron desde luego dos ó tres escritores? ¡Ay teatro nacional, y cuán de temer es que sigas la suerte de la esposición!

Es verdad, y sea dicho en descargo de la España, que es tan rápido el adelanto que vamos haciendo y hay tanto que hacer, porque estábamos realmente muy atrasados en todo, que no es posible dejar las cosas urgentes que tenemos entre manos, por atender á otras de menos urgencia, á las cuales atienden los demás pueblos que ya tienen adquiridas las ventajas que nosotros no hemos llegado aun á conseguir.

Desde 1857 hemos tenido mucho en que pensar; y como por desgracia en nuestro país y con las costumbres modernas, se ha introducido la manía de que el gobierno lo haga todo y el Estado lo pague todo, habiendo el gobierno tenido que ocuparse en dar dirección y medios al asunto, habiendo visto los muchos millones que puede costar, y estando allí los ferrocarriles, las carreteras, los canales, los puentes, los faros, diciendo ¡hacedme, hacedme! ¿qué extraño que los gritos de todas estas necesidades hayan sofocado el de la esposición? ¡cuánto mas rico que el nuestro es el gobierno inglés, y sin embargo no se ha mezclado en nada, y las esposiciones universales se han llevado á cabo en Londres por la industria particular! ¡Pero vayan ustedes á que la industria particular se encargue de un negocio como este, cuando el dinero está ganando el 50 por 100 impuestó sobre casas libres en esta córte, en buen sitio y que no han pertenecido á bienes nacionales ni á mayorazgos! Tendremos, pues, que resignarnos á esperar mejores tiempos que sin duda vendrán, y entre tanto historiaremos lo que se hiciera fuera del país y haremos lo posible por sus adelantos.

Y con esto no cansamos mas y nos despedimos de nuestros lectores hasta otra semana, sin decirles nada del circo del Príncipe Alfonso, porque allí hace un calor infernal y no vamos; ni de la Zarzuela, porque nada nuevo nos ha proporcionado esta semana, ni de los demás teatros, porque ha llegado su hora final de temporada.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA LUZ ZODIACAL.

En el complicado laberinto del mundo físico como del mundo moral, existen ciertas leyes, ciertos fenómenos, que envueltos en el misterio de su origen parece que están vedados á la comprensión humana por un designio providencial. Las ciencias exactas, las físicas y naturales, á pesar del extraordinario impulso que han recibido, desde el siglo XVI especialmente, no nos han revelado todos sus secretos; y algunos de estos, aunque sometidos á la observación por los fenómenos que ofrecen, subsisten sin explicación. La inteligencia del hombre, de *este compuesto de miseria y de superior grandeza*, como ha dicho Pope, vuela por los ámbitos del infinito; busca la causa de los portentos que observa; analiza la ciencia de la materia; compara, examina, funda un sistema sobre otro; y verdadero destello del espíritu de Dios, sorprende á la naturaleza en el inmenso laboratorio de sus operaciones; pero al remontarse á la investigación de los orígenes de las cosas, es decir, al profundizar las causas de los fenómenos naturales, descendiendo como el Icaro de la fábula, abismado en su propia nada. En las estremidades de la ciencia aparecen siempre los fenómenos del mundo exterior envueltos en la oscuridad; oscuridad producida por nuestra ignorancia respecto de las cosas de la naturaleza, que según Burke es la principal causa de la admiración que nos inspiran, y la fuente de donde emana el sentimiento de lo sublime.

Desde los primeros destellos de la reflexión del género humano hasta nuestros días, todas las observaciones hechas por el hombre para estudiar la naturaleza, no han tenido mas objeto que reducir por el libre ejercicio del pensamiento, á la unidad de un principio racional todas las cosas creadas; pero á este sublime esfuerzo de la inteligencia, á este trabajo sintético de tantas generaciones, no solo se oponen la complicación y la variedad infinita de los fenómenos, sino también la debilidad misma de nuestros sentidos, por cuya razón «jamás conseguiremos apurar, dice el eminente Humboldt, la inagotable mina de la naturaleza, ni generación ninguna podrá gloriarse nunca de haber abarcado la totalidad de los fenómenos.» Así el hombre desde Childrey no ha podido comprender el misterioso fenómeno de la luz zodiacal, ni hallar desde Newton la causa de la gravitación universal, esa fuerza prodigiosa que sostiene los mundos en sus órbitas inmensas, estableciendo en la naturaleza entera una armonía tan admirable, que abraza desde la afinidad molecular, hasta las nebulosidades mas remotas de los cielos. En física no sabe si la electricidad, ese agente poderoso de la materia á quien tanto deben las sociedades modernas, es un fluido ó no. En ciencias naturales, la causa de la mayor parte de los fenómenos observados es un arcano; y en

geología, por ejemplo, ignora si la actividad volcánica, tan generalmente esparcida por toda la tierra, es producida por las reacciones químicas que se verifican al contacto de determinadas sustancias, ó proviene del calor central de nuestro planeta, y cuyo origen, á ser cierta esta conjetura, podría elevarse á aquellas épocas genesiáticas en que nuestro sistema planetario quedó formado, según Laplace, por la condensación progresiva de la atmósfera del sol, originalmente dividida en anillos fluidos animados por un movimiento de rotación velocísimo. Hoy existe la misma incertidumbre acerca de la constitución física del sol que en tiempos de Pitágoras. No se sabe si este cuerpo se compone de materia ígnea como han supuesto muchos físicos, desde el sabio fundador de la escuela itálica hasta Newton, el creador de la filosofía natural, ó si es un cuerpo opaco, como afirman otros desde Herschel hasta Fresnel. ¿Y la luz? Este fluido utilísimo, imponderable, que es la paleta, por decirlo así, de donde la naturaleza toma sus colores, ¿es un atributo del sol, ó es el resultado de una serie de ondulaciones que este astro comunica al éter? ¿Cuál es, pues, la causa de estos prodigios? ¿Dónde reside en el universo el espíritu creador que anima la materia? ¡Ah! En vano el pensamiento humano trata de dilucidar este enigma: su actividad decae y se anonada al explorar los oscuros campos del misterio, porque este gran lumínar de nuestro espíritu, según Descartes, es limitado y no puede abrazar lo perfecto, y solo alcanza á comprender los fenómenos que se ofrecen á nuestros ojos. Sin embargo, el hombre cediendo á un ardiente deseo de hallar la verdad, y anhelando siempre fijar la idea de las cosas á fin de comprender la naturaleza en su universalidad, inventa teorías para llegar pronto y sin obstáculos al último término de sus investigaciones, sin considerar que las grandes verdades no son el resultado de estériles analogías deducidas *a priori*, sino el fruto del asiduo trabajo de muchas generaciones, porque según la expresión de un escritor contemporáneo, *el tiempo es la reflexión de la humanidad*.

En todos los tiempos, escitado el hombre por el sentimiento intuitivo, ha intentado explicar por conjeturas lo que no le es dado comprender. En cosmogonía desde los sacerdotes egipcios que según Porfirio suponían que *Kneph*, la inteligencia del universo, puso un huevo por la boca, del cual salió otro dios llamado *Phtha*, el fuego, que resultó ser el mundo, hasta Herschel en nuestros días que atribuye el origen del universo á la condensación gradual de las moléculas de la materia, se han inventado mil y una hipótesis para explicar las primeras causas que han producido esta creación admirable, las cuales no solo están en contradicción entre sí, sino con la tradición bíblica en todo lo que se refiere á la creación y sus fases y demás acontecimientos geológicos descritos por Moisés en el Génesis. De estos sistemas ninguno ha sido aceptado por los sabios mas favorablemente, ni ha recibido al mismo tiempo una oposición mas violenta por sus supuestas tendencias ateístas que el del filósofo inglés Guillermo Herschel, quien elevándose á épocas remotísimas en que la luz aun no había iluminado las confusas formas de la materia, fue el primero que descorrió con atrevida mano el velo de la Isis de la creación, y el único astrónomo que nos hizo concebir una idea nueva y asombrosa del universo con su cosmogonía eminentemente filosófica, por medio de la cual explica todas las fases por donde el mundo ha pasado desde su génesis hasta nuestros días; y como complemento de todos los cálculos, observaciones y medidas exactísimas sobre cuya segura base fundó el Moisés de los tiempos modernos su gran teoría, determina la forma y posición de nuestro cielo estrechado asignándole límites, corroborando de este modo las concepciones puramente intuitivas de los filósofos Wright, Kant y Lambert acerca de la estructura general de los cielos; y demostrando además matemáticamente que nuestro sol, con toda su córte planetaria se halla situado hácia el centro de la vía-láctea, no distante del punto donde se bifurca en dos ramales esta magnífica banda de los cielos, que según el gran filósofo, no es sino una enorme *Nebulosa ó firmamento de estrellas*, de forma lenticular, aislada en lo infinito. Estas ideas tan grandes y elevadas, llenas de profundidad y ciencia, bastan por sí solas para hacer la apología del gran genio de Herschel; sin embargo no se limitan á este brillante círculo sus laboriosas indagaciones analíticas, sino que penetrando con su poderosa inteligencia al través de los tiempos hasta las primeras edades del mundo, según indicamos anteriormente, explica la formación original de los cuerpos celestes por el cambio progresivo de la materia de su primitivo estado gaseoso al estado sólido actual. En apoyo de esta teoría extraordinaria observa Herschel que las estrellas nebulosas—que son unos soles rodeados de una atmósfera vaporosa y ligera de bellissimo aspecto—dan un alto grado de probabilidad á estas conjeturas; y al efecto, inducido por la observación de los fenómenos de nuestro sol, asegura que es una estrella nebulosa, como lo comprueba en cierto modo la rara apariencia luminosa que acompaña á este astro y que se conoce con el nombre de *luz zodiacal*. Así como en el sistema del mundo de Laplace los anillos de Saturno son considerados como pruebas subsistentes de la extensión primitiva de su atmósfera, abandonados por ésta en

sus reconcentraciones sucesivas y condensados con el tiempo, del mismo modo Herschel en su teoría cosmogónica considera la luz zodiacal como una parte de aquella materia cósmica difundida por los espacios y que aun todavía no se ha adherido al sol.

En el vasto campo de la filosofía especulativa, abierto siempre á la actividad del espíritu humano, se han inventado muchas hipótesis para descifrar el secreto de la luz zodiacal; pero tanto sobre este punto, cuanto sobre la época en que esta luz apareció, no están de acuerdo los sabios, á pesar de que generalmente se cree que ha existido en todos los tiempos, por cuya razón estraña Humboldt que este fenómeno se haya escapado á la observación de los árabes que tan eminentes servicios prestaron á las ciencias, como igualmente que no haya sido notado por los físicos europeos hasta mediados del siglo XVII. Sin embargo, este descubrimiento tan tardío de uno de los fenómenos mas interesantes de la naturaleza no puede atribuirse en nuestro sentir, atendida su forma peculiar y las raras circunstancias que lo distinguen, á un descuido de los observadores; y así es que nosotros creemos que la luz zodiacal no era realmente visible antes de dicha época, no porque no existiese, sino por ofuscarla los resplandores de los crepúsculos matutino y vespertino, entre los cuales se ocultaba, como se oculta siempre en las circunstancias comunes en que el sol brilla sobre nuestras cabezas, á causa de la intensa luz de este astro. Según nuestra hipótesis la luz zodiacal ha existido eternamente, por mas que su conocimiento en Europa sea tan reciente y no conste haber sido visible en la antigüedad, pues aunque Mairan así lo supone en vista de un curioso pasaje de Niceforo, en el cual refiere el historiador griego que despues de la conquista de Roma por Alarico, hubo un gran eclipse de sol, durante el cual, se vió en el cielo una luz que tenía la forma de una pirámide, no obstante como quiera que la luz zodiacal según lo acreditan las observaciones modernas, no se presenta nunca en los eclipses totales de sol con aquella su forma natural, no puede ser admisible semejante suposición, siendo por consiguiente muy probable que aquel fenómeno fuese ocasionado por la cola de un cometa, cuya cabeza se ocultara bajo el horizonte. Por lo demás, si fuese cierta la suposición de Mairan este hecho singular que se remontaría á mas de catorce siglos, sería suficiente para echar por tierra la hipótesis de un sabio italiano, el cual para explicar el motivo de la reciente aparición de la luz zodiacal, sostiene que este fenómeno no existía antes del siglo XIV. Algunos autores modernos aducen otros hechos, aunque desautorizados y dudosos, para probar la visibilidad de ese género de luz en los tiempos antiguos; y hasta el mismo Humboldt pretende que la claridad que se vió en Méjico en 1509 por espacio de cuarenta noches consecutivas, no era otra cosa sino la luz zodiacal; y cree el insigne naturalista que los comentaristas modernos no pueden confundir aquella aparición con ningun otro fenómeno celeste, como aconteció con la enorme cola del cometa que se vió en Persia en 1668 y que Cassini y Mairan tomaron por la luz zodiacal. En vista, pues, de la inseguridad de estos datos y ateniéndonos al resultado obtenido por las observaciones modernas, podemos creer con sobrado fundamento que la luz zodiacal no empezó á ser visible hasta hace cosa de dos siglos, por cuya razón no es de estrañar que en ninguna de las obras de los grandes pensadores del siglo XVII como Galileo, Kepler y Descartes se haga alusión á este fenómeno; y aunque Olbers atribuye su descubrimiento á Rothmann, y Delambre al célebre viajero Chardin, no obstante solo en la interesante obra de J. Childrey titulada *Britannia Baconica*, que se publicó en 1661, es donde se encuentra la primera descripción sencilla, pero clara, de la luz zodiacal en estos términos: «Por varios años en el mes de febrero, como á las seis de la tarde, despues del crepúsculo, ví un rastro de luz que se extendía del Occidente hácia las pléyadas hasta tocarlas: esto puede verse cuando el tiempo está claro, pero mejor cuando la luna no alumbraba. Creo que este fenómeno ha sido visible antes de ahora y aparecerá en lo sucesivo siempre en dicho período del año; pero en cuanto á su causa y naturaleza no la puedo conjeturar, y por consiguiente dejo á la posteridad su investigación.» Esta descripción tan superficial no fue desarrollada hasta veinte y dos años despues, esto es, hasta 1683 por Cassini, á quien pertenece la gloria de haber estudiado detenidamente antes que nadie todas las peculiaridades físicas del fenómeno, al cual le dió el adecuado nombre con que se le conoce á consecuencia de hallarse siempre en el Zodiaco (1).

(1) Se da este nombre á una zona ó banda de los cielos de 18° de anchura, 9° por cada lado de la eclíptica ó órbita de la tierra, en la cual están comprendidas las órbitas de los planetas excepto las de un corto número de asteroides. Esta inmensa zona se divide además en doce partes iguales de 50° cada una, llamadas *signos*, los cuales fueron inventados por los egipcios para representar por medio de ellos la sucesión de los fenómenos anuales, propios del clima de Egipto. Las constelaciones que dieron sus nombres á los signos zodiacales, ya no ocupan los mismos lugares que estos geroglíficos, pues todas en virtud de la precesión de los equinoecios, han retrogradado hácia Oriente mas de la mitad de toda la circunferencia del cielo, esto es, 210°, mas de la mitad de cada grado, da de antigüedad á la que á razón de cerca de 72 años por cada grado, da de antigüedad á la invención del Zodiaco mas de 15,000 años. Esta remota antigüedad no deja de estar apoyada por algunos indicios. Las ruinas de las ciudades, los templos, las pirámides, los obeliscos y otros estupendos edificios que restan de los antiguos egipcios, demuestran un período de tiempo enorme y unos conocimientos en las artes sumamente adelantados.

La luz zodiacal ofrece un espectáculo de los mas bellos y sorprendentes de la naturaleza. En 1858 despues de puesto el sol la vimos por vez primera aparecer lentamente por el Occidente á manera de una nube luminosa de forma conoidal, y produjo su contemplacion en nosotros una impresion tan profunda que dificilmente se borrará de nuestra alma. La materia cósmica de que está formada esta luz es trasparente, y tanto por su tenuidad cuanto por su color lácteo, puede compararse con las colas de los cometas, pues no impide descubrir las estrellas mas pequeñas delante de las cuales se estiende: sus contornos se hallan siempre mal definidos por lo menos vista desde nuestros climas, pues en el ecuador y especialmente en los trópicos, segun el testimonio de muchos viajeros, es donde se exhibe en toda su magnificencia, sin que por esta circunstancia pueda confundirse con una aurora boreal, que producida por simples fenómenos magnéticos, es diametralmente opuesta á la luz zodiacal. Las circunstancias mas favorables en nuestra latitud para observar esta claridad son por las tardes despues del crepúsculo cuando la atmósfera está despejada, hácia los meses de marzo y abril; y por las mañanas antes de salir el sol en los meses de setiembre y octubre, hácia la parte oriental del horizonte. Su figura es lenticular á semejanza de una pirámide cuya base se apoya sobre el horizonte, termina su punta y está mas ó menos inclinada respecto de aquel circulo, como puede verse en el grabado adjunto que representa la vista del fenómeno. La distancia aparente de su vértice al sol, ó sea su longitud sobre el horizonte, varía unas veces en realidad y otras en apariencia, de 40° á 100°; y su anchura en la base perpendicular á su eje varía de 8° á 30°. Se cree que la luz zodiacal es visible porque refleja como los planetas la luz solar, ó bien que es luminosa por sí misma, suposicion que, á ser cierta, podría tener en su apoyo las famosas nieblas secas y los forescuentes de 1783 y 1831, que han demostrado que nuestro planeta se halla dotado de una luz propia, distinta de la que recibe del sol. Algunos autores han creído ver en la luz zodiacal el efecto de la refraccion de la luz solar en nuestra atmósfera; pero si así fuese, ¿por qué habia de elevarse esta luz, dice Arago, en una direccion oblicua con respecto al horizonte? ¿Por qué habia de presentarse siempre como colocada en el plano del ecuador solar? Son cosa que no ha podido menos de escitar la admiracion de los observadores, los cambios continuos de intensidad luminosa que sufre la luz zodiacal, no solo de un año á otro, sino en un corto número de dias, y cuya causa se atribuye generalmente á una ilusion producida por los cambios de diafanidad que se verifican en las regiones mas elevadas de nuestra atmósfera. Mairan asegura haber visto en ella coloracion rojiza y centelleo; pero otros observadores en las circunstancias mas favorables no han notado cosa alguna que justifique semejante asercion: lo que se ha observado algunas veces ha sido una rápida ondulation, que partiendo de la base estremeció á la pirámide luminosa, y que Olbers atribuye, no á una alteracion que realmente sufra la luz zodiacal, sino á meros accidentes atmosféricos.

Desde el descubrimiento de la luz zodiacal se han emitido por los observadores filósofos varias opiniones y teorías para esplicar su naturaleza; pero ninguno de ellos ha podido todavía resolver sin controversia este punto cosmogónico tan interesante, que encierra acaso el secreto de la formacion de nuestro sistema solar. Cassini creyó que podia proceder de una innumerable multitud de corpúsculos planetarios que formaban un anillo aislado en el espacio, circulante alrededor del sol y reflejaban una luz parecida á la de la via-láctea. Biot y principalmente Olmsted suponen que es una masa gaseosa delgada que circula en torno del sol, originando las lluvias de aerolitos ó piedras meteóricas que han tenido efecto por varios años en el mes de noviembre, en virtud del paso de la tierra en su movimiento de traslacion alrededor del sol por en medio de aquella aglomeracion de cuerpecillos planetarios. Estas hipótesis aunque cuentan muchos partidarios no se consideran por otros físicos tan plausibles como la de Mairan, que de acuerdo con la teoría cosmogónica de Herschel, pretende que la luz zodiacal es una atmósfera espesa de forma

tados y perfectos, á los que debieron preceder muchos siglos de observaciones y de trabajos, como lo comprueban la famosa piedra de Axum, descrita por Bruccio, y los templos de Denderah y Hené, y el obelisco de Phila situados en el alto y bajo Egipto. La antigüedad y el esplendor de Egipto se hallan además demostrado por otros muchos testimonios, pues Diodoro de Sicilia, que viajó por el Oriente 60 años antes de Jesucristo, refiere que los sacerdotes egipcios le aseguraban que su civilizacion y la dinastía de sus reyes se remontaba á 15,000 años; y Platon en el *lib. II de las leyes*, dice: «Si lo examinamos con cuidado, hallaremos entre los egipcios obras de pintura y escultura que han sido hechas hace 10,000 años, y que son tan bellas como las de nuestros dias, y trabajadas con igual arte y bajo las mismas reglas.» En ciencias llegaron tambien á una altura extraordinaria, y segun Vitruvio, Macrobio, Lucano y otros, tenían desde muchos siglos antes de la era cristiana tablas astronómicas, conocian las revoluciones de los planetas, la duracion del año, la esfericidad de la tierra, la causa de los eclipses y otros muchos secretos de la naturaleza, que despues revelaron á los célebres filósofos griegos Tales y Pitágoras. Estos conocimientos tan exactos y tan conformes con los progresos modernos, y el misterio por otra parte en que envolvian las ciencias, segun Herodoto y Plutarco, inducen á creerlos inventores del Zodiac, con preferencia á los indios y á los caldeos, pues cuantas interpretaciones se han hecho de los signos zodiacales, no han podido acomodarse á ninguna otra nacion del globo, y si solo á la naturaleza y estaciones peculiares del pais de Egipto.

lenticular que circunda al sol en el sentido del plano de su ecuador, estendiéndose mas allá de Mercurio y aun de Venus. Segun esta hipótesis se puede conjeturar que esta atmósfera no es otra sino la parte mas densa de aquel medio etéreo, que como opina Valz, opone resistencia al movimiento de los cometas; y como está hoy demostrado que estos cuerpos diseminan en el espacio parte de su sustancia á cada aparicion, es muy probable que dicha atmósfera esté cargada con los gases de las colas cometarias, los cuales pasando por la accion del calor del estado gaseoso al de una fundicion mas sólida, deben precipitarse gradualmente en el sol.

Tales son las principales hipótesis que se han inventado para esplicar la causa que produce la luz zodiacal, y aunque la de Mairan parece ser la mas admisible, como quiera que se le han opuesto algunas objeciones sacadas de las leyes de la mecánica, que ponen en duda su verosimilitud, bien podemos decir sin temor de equivocarnos que la verdadera causa de aquel extraño fenómeno es un misterio todavía para la ciencia. Sin embargo, de esperar es, en vista del atrevido vuelo que han tomado las ciencias en nuestro siglo, que descubrimientos quizá bastante próximos acerca de la constitucion física de nuestro sol, nos manifiesten la causa de la luz zodiacal, y nos permitan determinar con mas exactitud la verdadera naturaleza de los espacios celestes. Esta esperanza que abrigamos del feliz resultado de futuros descubrimientos acaso no sea infundada, pues el hombre cumpliendo con su destino debe elevar las ciencias á la altura señalada por Dios á su perfectibilidad eterna. ¡Plegue á Dios que este triunfo supremo de la inteligencia no sea una utopia en filosofía, y que la verdad absoluta llegue á ser algun dia la base de los conocimientos humanos, de estas brillantes manifestaciones del poderío intelectual del hombre, á cuyo perfeccionamiento han contribuido aunque por distintos caminos todos los genios de primer orden que han brillado en el mundo, desde Aristóteles hasta Newton y desde Descartes hasta Kant, el filósofo mas ilustre de los tiempos modernos! En nuestros dias todas las naciones cultas cooperan con gloria á los trabajos científicos, antes monopolizados por la autoridad y la ignorancia. El espíritu humano, que es absolutamente libre, no tiene fronteras ni se limita por esas arbitrarias divisiones prescritas á las nacionalidades por la ambicion de los tiranos; su poder, como la atmósfera que nos rodea, se estiende por todas partes, vá mas allá del tiempo y del espacio hasta perderse en el seno de Dios. Merced á esta cualidad esplendorosa del espíritu y á sus continuos esfuerzos para sondear los abismos de la naturaleza, bien puede decirse que nada hay oculto á la observacion. Los fenómenos celestes que no hace mucho tiempo estuvieron sin revelarse, cediendo hoy al impulso irresistible del progreso, se prestan á las investigaciones humanas. «Aquella estrella, dice el elocuente Chateaubriand, que parecia sencilla á nuestros padres es doble y triple á nuestros ojos: los soles interpuestos delante de soles se hacen sombra y carecen de espacio para su muchedumbre. En el centro de lo infinito ve Dios desfilar alrededor suyo esas magníficas teorías, pruebas añadidas á las pruebas del Ser Supremo.» Sí, la inteligencia del hombre siguiendo en rauda el eterno curso de los astros; descubriendo la inviolable armonía que reina en el universo; investigando la causa de los fenómenos naturales que, segun Hegel, se hallan como traducidos en nuestras representaciones internas; descomponiendo los rayos de la luz solar que alumbran los mundos; utilizando la prepotente fuerza que los une en los espacios, salva los reducidos límites de nuestro planeta, y estendiendo su vuelo al infinito, procura resolver los misterios de que están sembradas esas lumbreras inextinguibles de los cielos, y hallar, como dice Schiller, «el polo inmutable en medio de la eterna fluctuacion de las cosas creadas.»

JOSÉ GENARO MONTI.

COMBATE DEL ALABAMA Y EL KEARSAGE.

En este número insertamos la vista de los resultados del combate entre el buque corsario confederado *Alabama* y el federal *Kearsage*, en el momento en que hundíendose el primero es recogida su tripulacion en las lanchas de sus enemigos para volver prisionera al puerto de Cherburgo.

Véase la relacion que han hecho los periódicos extranjeros de este combate singular entre los marinos del Norte y del Sur de los Estados-Unidos.

Hacia muchos dias que el corsario confederado *Alabama* estaba en el puerto de Cherburgo, ocupado en reparar sus averias, cuando la corbeta *Kearsage*, de la marina federal, echó el ancla en aquel fondeadero, y se puso á vigilar á su adversario.

Desde el dia siguiente empezaron las provocaciones, y el capitán R. Semmes, que mandaba el buque confederado, manifestó que el *Alabama*, no obstante ser mas débil, aceptaba el combate, y que éste se verificaria el domingo 19 antes de mediodía.

El *Alabama* fue exacto. A las ocho de la mañana reunió el capitán á su tripulacion, y les anunció, en tér-

minos enérgicos, que habia llegado el momento de vencer ó de morir. Respondieron á su alocucion los gritos de: *Viva el Sur! Viva Lee! Viva su ejército!*

El capitán Semmes habia publicado la vispera una estensa Memoria, cuyo objeto era contestar á los argumentos de la prensa inglesa: decia, en sustancia, que jamás habia atacado sino buques americanos del Norte, que habia tratado siempre con humanidad á sus tripulaciones, y que si habia quemado los barcos en el mar, era porque el bloqueo de los puertos confederados le impedia conducir allí sus presas, y porque, además, el gobierno inglés no permitia á los beligerantes llevar las embarcaciones capturadas á los puertos de la Gran Bretaña.

A las nueve y media, despues del zafarrancho de combate, el *Alabama* levó anclas y se dirigió á alta mar. Acompañábale la fragata de coraza *Couronne*, designada por el vice-almirante prefecto marítimo para cuidar de la ejecucion de las reglas internacionales, que prohiben á los beligerantes combatir dentro de las aguas francesas.

La poblacion de Cherburgo habia acudido entera al puerto, al dique, á las alturas; en fin, á todos los puntos desde donde podia ver el combate.

A nueve millas del puerto, el *Alabama* empeñó hábilmente el combate, procurando abordar al *Kearsage*, que habia salido del puerto un momento despues.

La corbeta federal comprendió el movimiento, viró de bordo y evitó á su adversario. Entonces los dos buques se cañonearon durante hora y media, con mucho encarnizamiento y energía. El *Kearsage* se habia blindado por la noche con sus cadenas, y á esta particular ventaja unia la de tener una artillería mas fuerte y una tripulacion mas numerosa. Sin embargo, la balanza parecia inclinarse á favor del buque confederado, y se disponia de nuevo á maniobrar para el abordaje de la corbeta, cuando recibió un proyectil rayado que atravesó de parte á parte su caldera y paralizó los movimientos.

No permitiendo esta avería grave al capitán del *Alabama* servirse de su máquina y sostener un combate ya imposible, resolvió darse á la vela y aprovechar un venticello Noroeste que se habia levantado. Pero la brisa era débil y no consentia maniobrar.

El *Kearsage*, viendo salir el vapor de todas las portas del *Alabama*, comprendió que su máquina estaba fuera de servicio. Hizo llevar casi toda su artillería á estribor, se acercó al buque confederado y le disparó una andanada que derribó su costado de babor en una estension de cuatro metros, de tal modo que introduciéndose inmediatamente el agua en el buque del Sur, éste comenzó á irse á pique por grados. La bandera confederada flotó sobre el agua algunos instantes, y luego desapareció.

En breve se vió aparecer en la superficie del mar á los oficiales y marinos del *Alabama*, que no estaban heridos. Un buque inglés, el *Deerhound*, que habia querido presenciar el combate, salvó á muchos; el *Kearsage* salvó el resto. La fragata de coraza *Couronne*, que se hallaba muy distante, botó al agua sus falúas con el mismo objeto.

Poco tiempo despues, el *Kearsage* volvió á entrar en el puerto con sus prisioneros, y fué á fondear junto al vapor *Napoleon*. Le visitaron bastantes personas. Ha sufrido considerablemente, y tiene once balas en el casco.

Los dos adversarios se han disparado cada cual unos 130 cañonazos. El *Kearsage* tenia, segun dicen 22 cañones rayados; el *Alabama* 16, 8 por banda.

Los heridos de ambas partes son objeto del mas solícito cuidado. El vice-almirante Dupony, prefecto marítimo, visitó en persona el hospital de marina.

La animosidad entre los marinos del Sur y los del Norte es tal, que han querido batirse al cuchillo, siendo preciso que interviniese la gendarmería marítima para impedir la efusion de sangre.

El capitán Semmes es hombre de unos cincuenta y ocho años, de tez bronceada, y el cabello y los bigotes canos. Su constitucion es robusta y su carácter enérgico. Ha anunciado á sus amigos de Southampton, que el 15 de agosto saldria de nuevo al mar en el nuevo *Alabama*, ya para entonces concluido, y con toda la gente de su antigua tripulacion.

El *Kearsage*, al llegar al puerto, entregó sus prisioneros á las autoridades francesas.

OBRAS ESCOGIDAS

DE DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

En el año pasado de 1863 se ha hecho en Leipzig una hermosísima edicion española de las obras escogidas de don Juan Eugenio Hartzenbusch, dirigida por el autor. Tenemos á la vista un ejemplar de esta edicion que se compone de dos tomos, los cuales forman el décimo cuarto y décimo quinto de la coleccion de autores españoles que está publicando el librero F. A. Brockhaus, y nos complace en extremo este tributo pagado

en Alemania á uno de nuestros primeros escritores.

Las obras comprendidas en cada tomo, como elegidas por el autor, son las que á juicio de éste merecen mas la honra de ser coleccionadas; sin embargo observamos que faltan algunas que han valido al señor Hartzenbusch muchos aplausos y que su modestia no ha querido incluir. La coleccion consta de cuentos en prosa, fábulas, poesías varias y obras dramáticas, y la mas completa es la parte que comprende las fábulas, asi como la mas incompleta es la de las obras dramáticas. El señor Hartzenbusch ha incluido en su coleccion los *Amantes de Teruel*, *Juan de las Viñas*, *La ley de raza*, *Un sí y un no*, *Vida por honra*, *La Archiducesita*, y *El mal apóstol y el buen ladrón*, atendiendo sin duda á la diversidad de géneros y asuntos; y ha omitido obras tan bellas como *Doña Mencía*, *Yo el primero*, *La redoma encantada*, *La jura en Santa Gadea*, *La hija de Cervantes*, producciones todas en

que se distingue por sus dotes de autor dramático, por su conocimiento de los recursos teatrales, por la erudicion, la belleza de los pensamientos y el castizo lenguaje. Es decir, que á nuestro juicio, esta coleccion selecta, en vez de dos tomos, debería tener tres. ¿Será tal vez el tener dos, efecto de alguna de esas exigencias editoriales á que los autores tienen que someterse muchas veces?

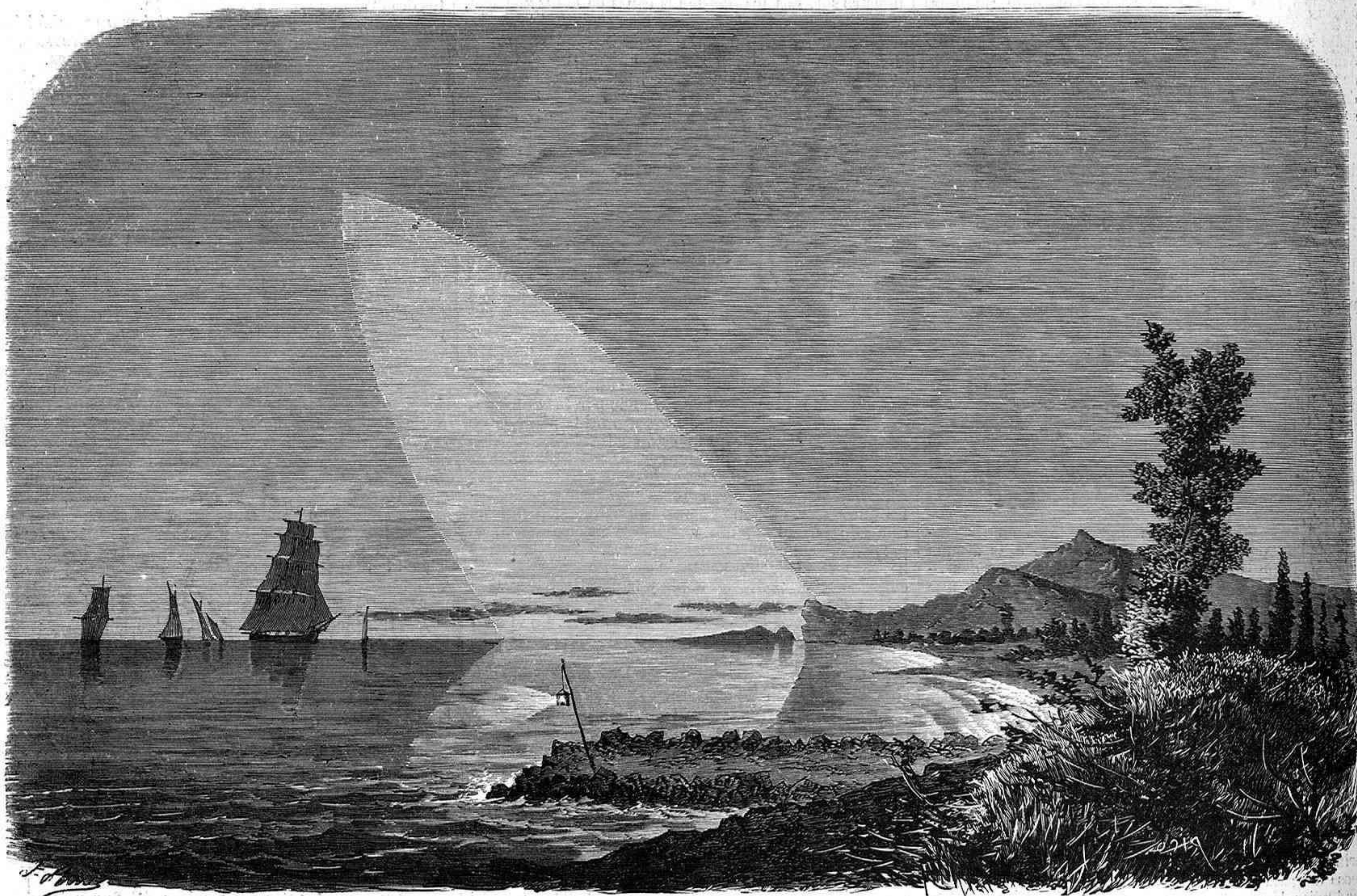
De todos modos la coleccion es muy notable; está perfectamente impresa y corregida con grande esmero, llevando á la cabeza el retrato del autor y unos apuntes biográficos escritos por el señor Ferrer del Rio.

Nosotros damos en el presente número este retrato, tomado de una reciente fotografia y queremos tambien añadir algunas palabras á la descripcion moral y literaria del hombre.

En este punto debemos advertir sin embargo, que no solo no somos imparciales, sino que nos gloriamos de

ser parcialísimos. Honrándonos hace veinte y cinco años con la amistad del señor Hartzenbusch, somos parciales de sus bellas prendas, de sus profundos conocimientos en literatura, historia é idiomas, de su esquisito gusto literario, de su indulgencia con todos los que le consultan, no obstante que para muchos necesitaria tener á su disposicion, como el prior de su fábula, un padre Cobos que los despidiese con alguna indirecta.

El señor Hartzenbusch tiene hoy cincuenta y ocho años: dedicado primero al arte de ebanistería, fue despues taquígrafo del Congreso. Quince años pasaron entre una y otra situacion, quince años en los cuales el estudio de la literatura española en toda su estension, de la alemana, italiana, francesa é inglesa llenó todo el tiempo que sus trabajos de ebanista ó sus tareas taquígraficas le dejaron libres. Sus triunfos literarios y dramáticos le impulsaron á abandonar en 1841 la profesion de taquígrafo, que no obstante necesitar para su



LA LUZ ZODIACAL.

buen desempeño una instruccion enciclopédica, estaba á la sazón mal recompensada y era de escaso porvenir; y dedicándose esclusivamente á las tareas literarias á que su inclinacion le llamaba, ha hecho grandes servicios á la literatura, no solo dando á luz las obras de que dejamos hecha mencion y que todos conocen, sino coleccionándolas, anotando y corrigiendo las mejores del teatro antiguo, como las de Tirso de Molina, Lope de Vega, Rojas, de algunas de las cuales ha hecho felicísimas refundiciones. Hacia 1841 fue nombrado bibliotecario de la Biblioteca nacional, de la cual es hoy director por la muerte del distinguido don Agustin Duran. Su laboriosidad sin embargo no se ha cansado nunca y hace pocos meses ha dado luz una nueva edicion del *Quijote* purgada de los muchísimos errores de impresion que las anteriores tenían, y corregida en aquellos pasajes en que notoriamente el autor se descuidó por no haber enmendado el original ni tenido á mano las pruebas de la obra ó por no haber sido bien comprendidas en la imprenta las notas de sus borradores. Las que ha puesto el señor Hartzenbusch en su edicion, muestran cuán prolija tarea de investigaciones y comparaciones ha sido la suya y cuán sutil é ingeniosa es su crítica aun en los momentos en que puede estraviarse.

Creemos que todavía ha de recoger nuevos lauros en el teatro y en el campo literario; pero de todos modos los que ya tiene alcanzados le colocan entre nuestros primeros autores contemporáneos.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA PIEDRA FILOSOFAL.

CUENTO DE NIÑOS.

¿Quién de vosotros, lectores, ya seais pobres, ya seais ricos, no ha necesitado algunas veces mas dinero del que tenia, y no se ha dicho á sí mismo:—Ah, ¿quién tuviese la piedra filosofal?

Pues yo os voy á descubrir el secreto de esa piedra. Estadme atentos, y os juro que antes de un cuarto de hora este asunto os será mas familiar que á Calid, Artophio, Morieno Romano, el conde Trevisan, Zacarías, Colin Flamel, don Alonso X de Castilla y tantos otros adeptos y poseedores.

I.

Al nacimiento del conde Herman asistieron tres hadas, y cada una de ellas hizo un regalo al recién nacido: la primera le dió una bolsa, que siempre estaba llena por mucho dinero que de ella se sacase; la segunda una sortija con una piedra preciosa que brillaba y alumbraba como la luna en la oscuridad, y la tercera una túnica de amianto encantado, que ni el fuego ni el hierro podian romper.

La vida del conde fue larga, espacible y dichosa, y cuando murió, sus tres hijos, Heraclio, Federico y Guillermo, le elevaron un suntuoso sepulcro, en cuya lápida consignaron un recuerdo de sus virtudes. Ante este monumento, un anciano criado les mostró un pergamino en que el conde habia consignado su última voluntad, y que decia de este modo:

«Solo merecerá mi herencia aquel de mis hijos que consiga hacer la piedra filosofal, piedra que se compone de una materia que está en todas partes, que nada cuesta, que pueden alcanzar lo mismo el pobre que el rico, que tenemos ante los ojos constantemente, y que muy pocos saben escoger. La caja donde encierro mis talismanes no puede abrirse sino con una llave de plomo

convertida en oro por el contacto de la piedra filosofal.»

En vista de este testamento, los jóvenes se separaron citándose para el año siguiente en el sepulcro de su padre; y marchando cada uno de ellos por diverso camino, fueron á buscar á los alquimistas mas famosos para que les iniciasen en la grande obra.

II.

La visita á los alquimistas fue inútil. Los tres jóvenes se convencieron en breve de que por medio de la alquimia no podia hacerse la famosa piedra. Los que escribian obras mas estensas sobre este asunto, suponiéndose poseedores del secreto de Hermes, envolvian sus ideas simbólicas con tantos velos, que era imposible entenderles; pero reducidos á la estremidad declaraban en confianza que su principal razon para ser oscuros, consistia en que nada entendian de la materia que trataban.

—¡La piedra filosofal! decia un maestro á Guillermo al acabar una cena suntuosa en que los vinos habian corrido con demasiada abundancia, la piedra filosofal, es un polvo que ha de poderse cristalizar y tomar la apariencia del esmalte, que ha de ser mas fusible que la cera, y al mismo tiempo mas resistente al fuego que el oro, que ha de sanar la lepra del alma y la del cuerpo, que ha de convertir en oro todos los metales, y que ha de preservar de la muerte! ¿Cómo podeis haber creido que eso exista? El hombre que poseyera semejante talisman seria un Dios. Dejaos de piedras y contentaos con la filosofia, que nos enseña á pasar la vida lo mas alegremente posible, á costa de la ignorancia y de la credulidad del pueblo.



DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

—La piedra filosofal, decia otro maestro á Federico, los que decimos que la poseemos nos parecemos á los augures de la antigua Roma, no podemos mirarnos sin reirnos.

—La piedra filosofal, decia un tercer maestro á Heraclio, es como el ave Fénix; todos hablan de ella y nadie la ha visto.

Los tres jóvenes se encontraron en el camino de la casa paterna igualmente cabizbajos.—Nuestro padre ha querido sin duda burlarse de nuestra credulidad, dijeron los dos mayores; para no dejarnos sus talismanes ha puesto una condicion imposible al heredero. La piedra filosofal es una ficcion.

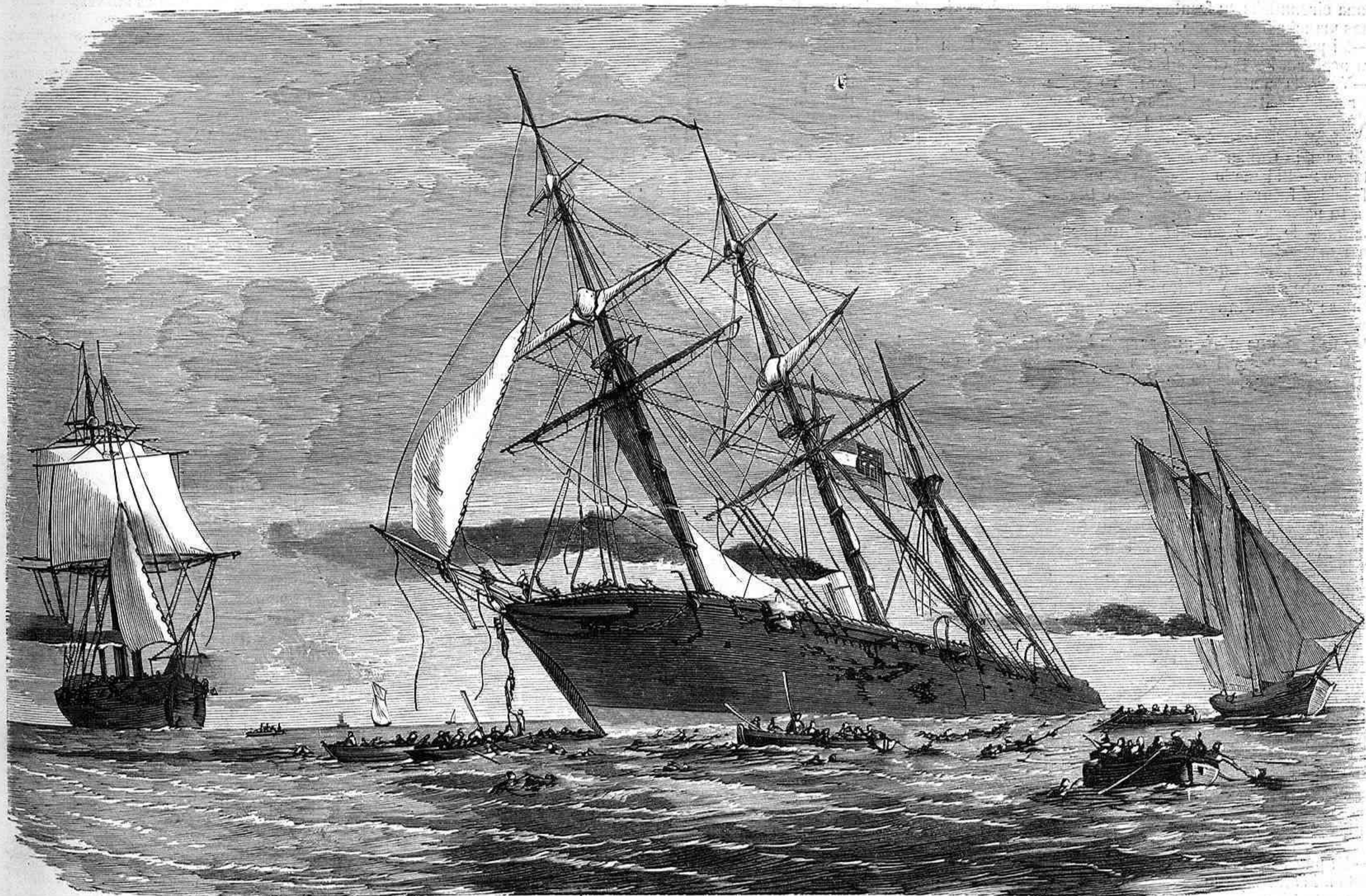
El mas pequeño de los tres hermanos, el bello y sencillo Heraclio, dijo sin embargo:—Yo tengo fe en mi padre, y no me resuelvo á creer que fueran una burla sus palabras. Espero todavia descubrir la piedra filosofal.

—Espera tambien la venida del Mesías, le contestaron sus hermanos riéndose, y como fuese ya entrada la noche y estuviesen en un bosque á dos jornadas de la casa paterna, ataron sus caballos á los árboles, tomaron una corta colacion y se durmieron sobre las flores y el césped.

III.

El bosque en que los tres hermanos se durmieron, estaba encantado y cada árbol en él encerraba un alma; cada flor una ninfa, cada escavacion un trago jugueton y libertino.

Al mediar la noche, la luna se enrojeció primero y se veló despues como una joven honesta que presencia una orgia. Las ninfas saltaron de las flores y comenzaron una danza solo compa-



COMBATE DEL ALABAMA Y EL KEARSAGE.

rabable con la de las antiguas bacantes; las driadas entreabrieron las cortezas de los árboles y se asomaron para verlas, y los trasgos sacando también la rieta cabeza de sus escondrijos comenzaron á cantar, á aplaudir, á silbar y á cogerlas la blanca falda cuando pasaban cerca de ellos, armando entre todos un estruendo infernal.

Los tres hermanos se despertaron y presenciaron esta escena, pero ninguno de ellos pudo moverse. Estaban sometidos á la fuerza del encanto y parecían catalépticos.

De pronto tres jóvenes y bellas ninfas (digo jóvenes, porque así lo parecían, no porque lo fueran) se separaron del corro general y se acercaron á Heraclio.

—Yo, dijo la primera, tengo en una isla donde nunca se marchitan las flores un palacio construido con rayos de sol y aromas, y en él vive aquel ángel con quien soñabas en los bosques solitarios al empezar tu juventud.

—Yo, dijo la segunda, tengo una varita mágica, con la cual hago brotar oro, como Moisés agua de las peñas mas rebeldes.

—Yo, dijo la tercera, tengo una copa que no se agota, con la cual brindo la alegría á todos mis adoradores.

Y las tres repitieron á coro:—Ven con nosotras.

Pero Heraclio la contestó.—El amor es como el arco iris, deslumbra de lejos, se le abraza y solo se cogen lágrimas; con el oro se puede comprar todo menos la felicidad, y amar el vino que anonada nuestra alma es amar la muerte. Seguid vuestro camino. Yo solo amo la virtud.

Las tres damas se dirigieron en seguida á Guillermo á quien dijeron lo mismo que á Heraclio y que las contestó:—Mi alma aspira á lo que no la podeis dar. Lama el arroyo el tallo de las flores, pero el águila vuela sobre la region del trueno y púntela con rayos entre las garras. Seguid vuestro camino.

Pero cuando llegaron á Federico, éste se levantó muy alegre, diciendo:—La vida es un día, pasémosle feliz. Divirtámonos en la antesala de la tumba, cojamos las rosas antes de que se marchiten. Soy vuestro.

Y las siguió.

Le llevaron por una senda florida, por la cual volvían algunos ancianos decrépitos derramando lágrimas; pero Federico no reparó en ellos, y siguió marchando, hasta que se le perdió de vista. No sé, sin embargo, quién me ha dicho, que aun en medio de su alegría antes de que desapareciera, se habian visto sus ojos arrasados de lágrimas.

Poco despues, otra ninfa se separó del corro.

Sus facciones eran varoniles, sus miembros robustos, su andar resuelto. Cubría su pecho una coraza, y una corona circundaba su frente, en que se observaban algunas manchas de sangre.

—Mi palacio es de hierro, dijo á Heraclio, se postran para acatar mi cetro todos los nacidos.

—Véte, la contestó el joven. Yo no he nacido para hacer padecer á mis hermanos. Quiero ser médico y no verdugo. Busca en otra parte quien consenta en sacrificar la felicidad á su necia vanidad.

En cambio Guillermo se avalanzó á los pies de la ninfa gritando:—Pídemelo que quieras, mi sangre, mi alma, mi felicidad futura; pero concédeme tus favores. Llévame á tu palacio y manda en mí.

La ninfa le llevó consigo por una senda mas pedregosa y mas erizada de espinas que la senda de la virtud, y en la cual parecia que á cada paso que se daba la tierra rezumaba sangre y el aire se llenaba de sollozos. Guillermo se fatigaba mucho al andar, pero radiaba de alegría.

Por último, una ninfa que parecia hecha de hielo, coronada de espinas y llevando en la mano un ramo de violetas pasó por delante de Heraclio, le miró y se sonrió tristemente.

Heraclio sintió dentro de sí que se despertaba no sé qué de divino, recordó la fisonomía de aquella ninfa como la de un ángel á quien hubiera amado antes de venir al mundo y poniéndose de pie la siguió.

La ninfa le llevó por una senda asperísima como la del Gólgota, hasta una cumbre muy elevada en que habia unos jardines solo comparables con los del Paraiso y cuando hubo llegado á ellos le abrazó, le besó en la frente y le dijo:

Esposo mio, no rompas nunca el lazo de mi amor, y tu felicidad no concluirá nunca. Soy la virtud y mi dote es la piedra filosofal.

IV.

Pasó tiempo. Heraclio estaba en su castillo, rodeado de su esposa y sus hijos en posesion de los talismanes de su padre, y pensaba en sus hermanos, á quienes no habia vuelto á ver desde la noche en que los tres se separaron en el bosque encantado.

—¿Qué será de ellos? Se preguntaba.

En este momento entró un criado á decirle que dos pordioseros, cada uno de los cuales venia por diverso lado deseaban hablarle.

—Mi puerta está siempre abierta al desvalido como lo está mi corazón, dijo Heraclio. Haz pasar á mis acreedores ante Dios.

Los dos mendigos parecían sexagenarios apoyados en sus báculos, entraron arrastrando los pies y respirando

con fatiga como personas que están á punto de desfallecer por falta de alimento. Al ver á Heraclio que los miraba con compasion, los ojos se les llenaron de lágrimas.

—¿No nos conoces? le dijeron, somos Federico y Guillermo, tus hermanos.

Heraclio no podia creer lo que oia. ¿Cómo aquellos ancianos podían ser sus hermanos si él era aun joven y robusto? ¿Cómo el tiempo habia tenido para ellos un reloj y otro para él? Sin embargo, á fuerza de examinarlos conoció sus facciones y se arrojó en sus brazos llorando.

—¿Qué es lo que habeis hecho durante nuestra ausencia les preguntó, y cómo os encuentro reducidos á un estado tan miserable?

—Ay, dijo Federico sentándose, mi historia es muy triste. Creí que los placeres eran la felicidad, me lancé á ellos y en el fondo de su copa he encontrado un veneno que ha abrasado mi alma y mi cuerpo. Dichoso el que se abstiene.

—Yo, dijo Guillermo, creí que la felicidad era el poder. He poseido reinos y sido tirano sin considerar que el preso y el carcelero son igualmente infelices, porque ambos viven en la cárcel. Un día, no sé cómo ha sido, un viento subterráneo ha conmovido el suelo de mis Estados, las tumbas de mis víctimas se han abierto y sus espectros se han arrojado sobre mi palacio destruyéndole y arrojando á los vientos sus cenizas. He tenido que huir pidiendo limosna de puerta en puerta á aquellos mismos á quienes el día antes azotaba como esclavos, y tenia en menos que á mis perros de caza. Dichosos los humildes.

—Hermanos míos, dijo Heraclio. La mar de la vida os ha tratado duramente, pero llegais á buen puerto. Poseo aquella piedra que salva los cuerpos y las almas, que vosotros os cansásteis de buscar y que yo encontré.

—¿Has encontrado la piedra filosofal? exclamaron los dos hermanos admirados.

—Sí, contestó Heraclio; pero no se hace en los antreros de la alquimia. ¿No recordais que la doctrina de Zenon escuda al hombre contra el dolor y le hace vivir dichoso en la miseria, en los tormentos, en la abyeccion? Esa doctrina no era mas que el busto marmóreo de la estatua, el cristianismo con un rayo del cielo la ha purificado y animado. Hoy esa doctrina es celestial. Los filósofos de la edad media, adoradores del lenguaje simbólico porque lo eran de la poesía, simbolizaron la filosofía en una piedra para significar su dureza y su inmovilidad en medio del embate de las olas del mundo.

Dijeron que estaba en todas partes y que era accesible al pobre como al rico, porque en todas partes y en todas las condiciones, la razon puede enseñarnos el camino de la virtud; dijeron que trocaba todos los metales en oro porque convierte en méritos todos los sucesos de la vida; dijeron que la teniamos siempre ante nuestros ojos porque nos la enseña en todas sus páginas el libro de la naturaleza; dijeron que quitaba la lepra del alma porque la purifica, y dijeron que preservaba de la muerte porque para el alma del hombre virtuoso el sepulcro no es mas que la puerta de la eterna felicidad. Yo os comunicaré esta piedra, yo os sanaré con ella y así como os burlareis de los que han tomado en un sentido material, un símbolo poético de los mas claros, aprendereis con mi ejemplo á utilizar la vida, cuyo uso es dulce, pero cuyo abuso es doloroso, porque es opuesto á la voluntad de Dios.

V.

Los hermanos de Heraclio se propusieron en efecto curarse de sus enfermedades físicas y morales con la piedra filosofal, pero no hubo tiempo de aplicársela porque murieron antes. Heraclio los lloró mucho y se aplicó cada vez con mas esmero á la doctrina sagrada que tantos bienes le habia granjeado y le habia libertado de tantos peligros.

La llave con que abrió el cofrecillo en que su padre encerraba los talismanes se conserva aun, y los talismanes permanecen en la misma caja. Si creéis, lectores, que esos talismanes pueden seros útiles, buscad la llave y serán vuestros.

Si ahora me preguntais dónde podreis encontrar esa llave, os responderé que en un sitio que teneis muy cerca de vosotros: buscadla en vuestra conciencia.

CÁRLOS RUBIO.

TRADUCCION DE LA ODA DE HORACIO.

BEATUS ILLE (1).

¡Dichoso aquel que ausente
y extraño á los negocios del Estado,
como la antigua gente,
cultiva con sus bueyes

(1) El director de El Museo recibió la presente traducción, que ignoramos de quien sea, pues faltaba la última cuartilla Hemos tenido que suprimirla, completando el trabajo, y permitiéndonos, asimismo, introducir algunas correcciones que hemos creído convenientes.

el campo de sus padres heredado,
y libre de las leyes
de la avara estrechura
vive sin los cuidados de la usura!

No despierta al guerrero
el ronco estruendo del clarín sonoro,
ni aterra al marinero
el mar alborotado,
huye discreto del clamor del foro,
y del umbral odiado
del potente orgulloso
con sus timbres y títulos glorioso.

Y con la vid enlaza
los olmos hasta el cielo levantados,
que á sus ramas se abraza,
y poda los sarmientos
inútiles, é ingerta los probalos,
que den en rendimientos,
y por justo tributo
del tierno esmero, tres doblado fruto.

O en la feraz llanura
contempla su rebaño de balantes
ovejas con holgura,
que entre francos linderos
van, á su arbitrio por el prado errantes.
¡Cómo en limpios calderos
vierte dulce licor
de grato gusto, de esquisito olor!

¡Cómo á la enferma esquila!
¡Cómo piadoso de sus males cura!
es la dulce pupila

á quien paga en cuidado,
los bienes que ella humilde le procura:—

Cuando el otoño ornado
de manzanas, turgente,
alza del campo la rosada frente,
¡Cómo goza en los huertos
escogiendo las peras, en perales
de excelentes ingertos;
las uvas coloradas
del carmin y la púrpura rivales,
que tiene destinadas
á Priapo y Silvano
que los linderos cuidado del romano.

Pero á veces le agrada
recostarse á la sombra de una encina,
ó en la grama, agarrada
al suelo tenazmente:
y un arroyo, de un agua cristalina,
manando de la fuente,
y el cantar de las aves,
le inspiran sueños de ilusiones suaves.

Mas cuando el año muda
en las lluvias y nieves de costumbre,
y en la amenaza ruda
de truenos y de rayos;
de perros la revuelta muchedumbre
para hacer sus ensayos
en escuadron acampa
y acosa al jabalí, que da en la trampa.

O con delgada vara
tiende al tordo voraz la red traidora,
hecha con malla rara,
y á la liebre ligera,
y peregrina grulla voladora,
ataja la carrera,
y es la sabrosa caza
el premio digno de su astuta traza.

¿Quién del amor la cruda
solicitud no olvida así ocupado?

Y, si la esposa ayuda
(esposa casta y dina)
de la casa y los hijos al cuidado,
—como la fiel Sabina
ó la mujer que siente
del Apulo tostado el sol ardiente,—

Y con un tronco hendido,
aviva del hogar el sacro fuego,
al volver el marido
cansado del trabajo,
halla descanso, amor, dulce sosiego,
porque el campo le trajo
á tener bienandanza,
sin temer de su suerte una mudanza.

Sus ovejas cercando
de un vallado tejido de zarzales,
de una en otra, ordeñando
las ubres, nunca agota
de goces los mas puros manantiales,
de donde al pueblo brota
harto contentamiento,
que afianza de los tronos el cimiento.

En noble barro añejo
cuece sus vinos nuevos regalados,
y en sencillo aparejo
los sirve, y los manjares,
no á dinero adquiridos, mas criados
en sus rústicos Lares;
que no gusta pez caro,
ni ostras, ni rodaballo, ni el escaro,

Aunque el mar del Oriente,
de borrascas hiemuales azotado,

los traiga al de Occidente
á merced del bracero,
barata adquisicion, grato bocado,
ni á este precio los quiero;
francolin no en mi vientre
ni ave preciada de Numidia entre.

Que no son mas sabrosas,
que aceituna de ramas elegida,
robustas y frondosas;
ni mas que la acelera,
que sazona la vianda desabrida
y abunda en la pradera;
ó que malva inocente
que la salud repara suavemente;

Ni mas que el corderito,
á fiestas terminales preparado,
ó que el tierno cabrito
á la voraz garganta
del carnicero lobo arrebatado:
—¿Qué poeta no canta
del campo los placeres,
y los dones de Baco y los de Ceres?—

Si mientras come, pasa
el rebaño de vuelta, ¡con qué agrado
le ve tornar á casa,
y la cansada yunta
que arrastra tarda el reluciente arado,
y la gavilla junta
de esclavos en que empieza
del señor la abundancia y la riqueza!...

—Alfio así declamaba,
logrero que del campo dulce vida
á abrazar se aprestaba:
mas cobra su dinero
al fin del mes, y en otro mes convida
con él el usurero
á pobres labradores
que de la usura sufren los rigores.

RUSIA EN POLONIA.

(LEYENDA.)

Leo rugiens et ursus esuriens
princeps impius super populum
pauperum.
(Salomon Prov. 28-15.)

I.

EL HOGAR.

Mas vale buen nombre que muchas ri-
quezas: sobre el oro y la plata la virtud.
(Prov. 22-1.)

Escasa de bienes raíces de la tierra, ríea de virtudes,
que son las raíces del alma, recogida y en cierto modo
solitaria, vivia hace poco en Varsovia una familia feliz,
si la felicidad es compatible allí ahora con el dolor de la
crucificada Polonia.

Los individuos de esta pequeña sociedad, bien hallada
en su aislamiento y modestia, eran cinco: Mackowiecki,
Marta su esposa, y Pablo, Irene y Juan, tres ángeles
sin mancha que les dió el cielo por hijos.

Antes de esa gran crisis de pavorosa guerra, que no
se ahoga en sangre ni en tinta diplomática, Mackowiecki
enseñaba matemáticas á los jóvenes polacos, y Pablo,
apasionado y melancólico, aprendía en las aulas bellas
letras: ahora, sospechosas á Rusia todas las reuniones,
los dos se consagraron, por recurso, al cultivo de un
huerto de hortalizas, pequeña adherencia del hogar.

Después de trabajar comían frugalmente y reposaban
en paz, asistidos por el amor de Marta, buena esposa,
buena madre, incomparable mujer, y por la solicitud
de Irene, virgen de quince años, bella como una sonri-
sa, patética como un suspiro, ideal, inmaterial, diáfana,
como un rayo de luz purísima.

No eran ciertamente á propósito las manos de los im-
provisados agrícolas para estas rústicas labores; pero
librando en ellas la subsistencia de su familia, el buen
padre se resignaba con su suerte, esperando en Dios
mejores días, y comunicaba la disposición de su ánimo
al de su hijo Pablo, que en verdad, no tenía que
violentar sus instintos para ser útil, para ser bueno,
para imitar á su padre. De este modo eran felices.

Trabajaron, pues, una tarde hasta la noche y era oca-
sion de reposar. Retiráronse al hogar, y mientras Mar-
ta paraba la sóbria refacción, y sentada Irene hacia otras
labores domésticas, Mackowiecki, como si quisiera ha-
cer respirar á todos los suyos la atmósfera en que su es-
píritu constantemente flotaba, abrió un voluminoso libro
y lo puso en manos de Pablo, indicándole en silencio el
lugar de la lectura.

Pablo leyó: leía ese gran martirologio llamado *Histo-
ria de Polonia*; lectura que de vez en cuando interrumpía
el padre, para moralizar, dirigiendo la enseñanza al pe-
queñuelo, sentado en sus rodillas y reclinado graciosa-
mente en su seno.

¡Ah! exclamó sordamente Irene, soñándose.
Marta dejó caer de la mano un utensilio, Pablo sus-
pendió la lectura y el niño corrió miedoso á ocultarse
entre las haldas de su madre.

—¿Qué ha sido? interrogó Mackowiecki levantándose.
—No sé qué me asustó, contestó Irene, cambiando
de lugar y mirando recelosa hacia la entrada.

Mackowiecki salió y vió cerrada la puerta de la calle.
Abrió una ventana, miró afuera y no vió nada: la no-
che estaba fosca, oscura, negra como el alma de un
verdugo ruso. Jornada de crímenes fue en Varsovia, y
el cielo nebuloso, vestido de luto, no quiso mirar á la
tierra aquella noche ni con una de las estrellas de sus
ojos.

—¡Aprensiones de niños! dijo para sí el hombre, re-
cio para inspirar valor á los medrosos:

—El aire, el aire fue, que gimí por las rendijas.

Y restituyéndose á su puesto: sigue leyendo, añadió:

La calma se restableció. Pablo siguió su lectura. Mar-
ta recogió su utensilio, Irene volvió á su asiento, y el
niño, astro eclipsado, fue lentamente haciendo su emer-
sion. Pero no volvió á las rodillas del padre, creyéndose
como todos los niños, mas seguro entre las faldas.

El moralista entonces, dirigiendo al mayor sus co-
mentarios históricos, se elevó á mas altas reflexiones.

—Eso, decía, te enseñará, hijo mio, que no es posi-
ble matar las nacionalidades. Por lo mismo, todos los
dominadores se imponen una tarea difícil, además de sa-
crilega; porque es sagrada la autonomía de cada pueblo.
En vano traerán al campo de los hechos sus elucubraciones
sangrientas: el amor patrio, el odio al estranjerismo,
la nacionalidad, en fin, sobrenadarán en el mar de
sangre, y levantarán su vuelo de águila por cima de las
nubes, para servir otra vez de enseña en la batalla á las
generaciones venideras.

No hay que tomar el silencio por aquiescencia, no. Se
calla hasta que se puede gritar; como se hace la paz,
mientras no se puede hacer la guerra. Y en esta actitud,
activa ó pasiva, siempre resistente y hostil, se vive un
siglo, dos, siete siglos, como la Cruz de España contra
la Media-luna, y se vivirá eternamente, sí, hasta
repeler los elementos extraños que trajo el poder intruso,
y ceñir á la sien del pueblo libre la corona de su dere-
cho, su íntegra y propia y exclusiva nacionalidad.

Mientras hablaba el padre, Irene mas nerviosa, mas
sensible que todos, y predispuesta por tanto á la impres-
ion magnética, sentía una cosa inexplicable: una cosa
que no arrancaba de ella, que venía á ella; y se estre-
meció. Miró temerosa y necesariamente atrás, y dió un
grito de terror saltando junto á su padre.

La familia se agrupó simultáneamente, mirando con
susto hacia la puerta de entrada.

II.

LA GANZÜA.

Se sienta en asechanzas con los fuer-
tes, en oculto para perder al inocente.
(Salm. 10, 8.)

Tres hombres con armas, estaban en el umbral, quie-
tos, desvergonzados.

¿Cómo entraron?

—¡Ladrones! gritó agonizando de miedo el rapa-
zuelo. ¡Ladrones!

—¡La policía! dijo corrigiendo una voz dura como
un rugido de pantera. Y se adelantó el que hablaba
añadiendo con un visaje feroz que dejaba entrever dien-
tes de presa:

—¡A la cárcel!

—¡Ah! Somos inocentes, dijo tímidamente Marta
amparando á sus hijos á su espalda y estendiendo las
manos trémulas en actitud de humilde súplica.

—¡A la cárcel! repitió la misma voz, pero mas ful-
minante. Y los dos hombres que le seguían avanzaron
hacia el inviolable grupo.

—Acusadnos antes, dijo angustiosamente Macko-
wiecki, interponiéndose como escudo de su inocente y
desolada familia.

El hombre de la voz dura, que era el jefe de la policía
de Varsovia, sonrió con su venenosa sonrisa, llamó de
ese modo peculiar de todas las serpientes... silbando, y
en seguida acudió al concertado aviso un tropel de gen-
te... de policía.

El jefe mandó seis hombres escogidos por sus groseras
y rudas formas, hombres desafeitados, cejijuntos, feos,
los cuales obedecieron el mandato, rodeando de férreos
brazos á las víctimas.

El sorprendido padre forcejeaba mas angustiosamente
por oponerse al atropello de los suyos; y en su impo-
tencia miraba desesperado, cual otro Laocente, aquel
grupo de hijos y serpientes.

Una pausa de silencio sucedió: silencio que se oía, que
sollozaba. Y una atmósfera de pena, pena densa, respi-
rable, cargó el pequeño espacio. Los rusos, sin embar-
go, respiraban aire libre.

¿De dónde?...

Del vacío... del corazón.

Pablo se ahogaba de indignacion, y en su vehemen-
cia necesitaba decir algo, una palabra siquiera para
aliviar su pesadumbre. Rompió al fin y dijo:

—¡Viva el czar!

Los obtusos polizontes no comprendieron la ironía, y
continuando su tarea, contestaron simplemente:

—¡Viva!

Atadas, codo con codo, las víctimas, dió el jefe las

órdenes oportunas con toda la magestad de un autócrata
y les mandó salir afuera.

—¡Hijo! hijo mio: gritó entonces una mujer retor-
ciéndose dolorosamente entre sus fuertes ligaduras.

Era la madre que vió amarrado también codo con
codo, al ángel de su hogar, al inocente pequeñuelo, á
su hijo de cinco años. Y no pudiendo estrecharlo en-
tre sus brazos, sujetos atrás por nudos de culebras, ni
protejerlo en su regazo, eden del capullo de la vida,
donde todo es amor, sabor, felicidad, se arrodilló ante
el preso párvulo, uniéndose á él, pegándose á él; labio
con labio, seno con seno, corazón con corazón.

—Pero en nombre de Dios, interrogó el padre lloran-
do... llorando, que sino el polaco hubiera sido también
ruso ¿tan grave es mi delito, que envuelve en su casti-
go á esa impecable criatura?

El pequeño Mourawieff, que ya se había apoderado
del libro que leía Pablo y comentaba su padre, redujo
su contestacion á mostrárselo como cuerpo del delito,
perpetuando, con cierta razon su sonrisa endemonia-
da, como un prolongado aplauso á su sagacidad de fun-
cionario.

Quedando otra vez serio, á fuer de autoridad, rom-
pió la marcha en silencio, rígido, tieso, marcial; como
si oyera el compás seco de alguna caja de guerra. Y la
falange de grotescos polizontes deshizo aquel bellísimo
grupo de ternura, arrancando bruscamente el labio del
labio, el seno del seno, el corazón del corazón.

Arrastráronlos á todos hasta la puerta de la calle,
donde esperaba el jefe.

Pensaba... es decir, sentía.

¿Sentía?

Tampoco.

Nos explicaremos. Allá dentro había visto, sin mirar,
algo, cuya impresion le hacia el efecto de una erupcion
sanguínea y... se abrasaba: ni mas ni menos.

Y aunque de minutos fue el intervalo, al llegar á él
la maniatada familia, ya había tomado su resolucio-
n: la policía, como los animales noctívagos, ve claro en
las tinieblas.

Hizo, pues, responsable de la custodia de los reos
hasta la cárcel al ejecutor mas exacto del servicio pú-
blico (en cuya eleccion, dicho sea en honra de todos,
sí que se vió el jefe embarazado) y dirigiéndose á Macko-
wiecki, afectando cierto respeto á la inmunidad del do-
micilio:

—Siento mucho, le dijo, haber penetrado vuestros
secretos; pero el deber me manda. He de practicar un
registro escrupuloso en vuestra casa; y no pudiendo es-
cusarlo, mi honor de funcionario exige la presencia de
un testigo de vuestra confianza: retengo, pues, á este
conmigo.

Y el funcionario de honor separó á Irene de la turba.

—¡Ah! no, no, objetaron á la vez padre y madre es-
tremeciéndose, porque adivinaron sin duda, con esa
intuitiva prevision del amor paterno, la impúdica in-
tencion del torpe sátiro.

—¡Cómo! exclamó la autoridad, dando á esta pala-
bra incolora todas las tintas del escándalo.

—Es doncella.

—Es menor de edad.

—Es también reo, dijeron á un tiempo la madre, el
padre y Pablo,

Y para que fuera mas distinta, mas primorosa su ra-
zon, un ángel maniatado, tristísimo, bellísimo como
una perla llorada, dijo despues de todos:

—Es mi hermana.

Un tigre hubiera soltado su presa; el polizonte ruso
no: la atrajo mas á su cuerpo apestoso, y dijo crecien-
do un palmo:

—¡Cuidado conmigo! Yo... ya lo habeis visto, soy
cortés; pero, antes que todo soy funcionario público; y
en puntos del servicio no admito ninguna réplica.

Y añadió con énfasis musulmánica:

El servicio es... el servicio, y el czar es... el czar.

Un ¡voto á Dios! redondeó el pensamiento. Los mu-
dos, pero obedientes servidores de este jefe, parodia
impía de la autoridad, empujaron á los presos hacia la
cárcel.

El niño empezó á llorar.

De repente calló como si un tornillo de hierro hu-
biera apretado su garganta.

—¡Schit!

—No se oyó mas.

III.

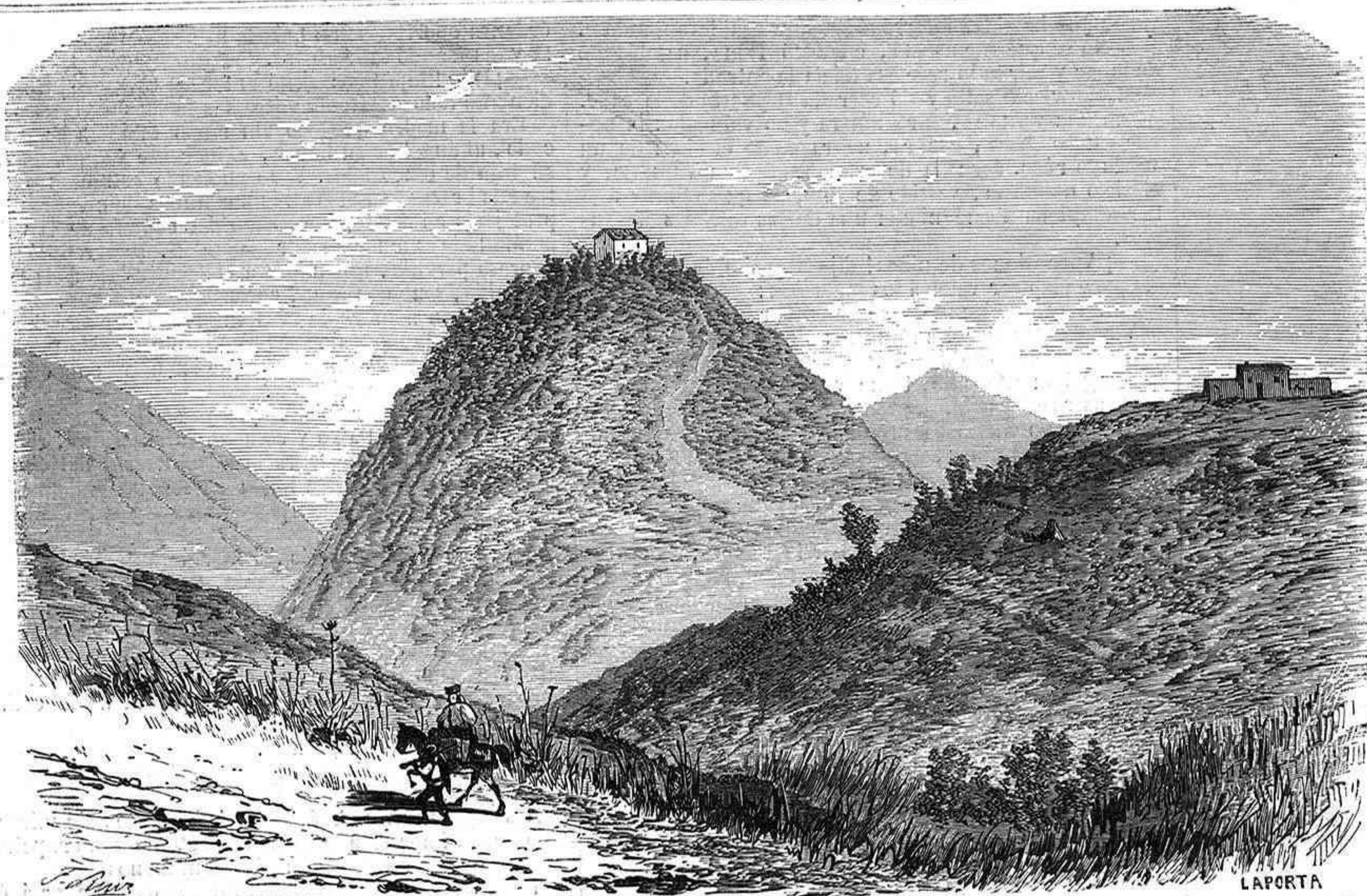
LA MALDICION.

Breve y tedioso es el tiempo de nuestra
vida, y no hay refrigerio en el fin del hom-
bre... porque de nada nacimos y despues
seremos como si no hubiésemos sido...
Llenémonos de vino precioso y de aro-
mas... Coronémonos de rosas antes que se
marchiten.

(Los impíos en el lib. de la Sabid. 2.)

Irene, la sensible Irene, que sufriendo silenciosa se
había evaporado ya en lágrimas y suspiros, fue acometida
de un desmayo al ver alejarse á todos sus amados,
y cayó, como cae una gota de rocío sobre las secas es-
pinas de un abrojo, en brazos de su verdugo.

Un relámpago iluminó de repente con su pajiza luz



EL CERRO DE SAN CRISTÓBAL DE MÁLAGA.

sinistra aquel abrazo de Lucifer, y se vió todo el infierno en una breve sonrisa.

La puerta de la casa se cerró súbitamente.

El ladrón, el asesino, huyendo de la luz, se hundió en su imperio de tinieblas, como Satanás, robando un alma... matando un alma.

Después del relámpago, debió romper el trueno. Y rompió, ronco, desgarrado, terrible...

Faltaba la maldición de Dios.

IV.

EL CASTIGO.

Muramos todos en nuestra sencillez, y testigos serán sobre nosotros el cielo y la tierra de que injustamente nos perdisteis. (Macab. 2-57.)

Aparte su filosófica moral, la historia es un gran drama de que todos somos actores: es una lectura que nos pone en escena; no á todos como individuos, pero á todos como humanidad: la humanidad es una. Todos hacemos la historia: unos con la pluma, otros con la espada; unos con sus virtudes, otros con sus crímenes; unos con sus festines, otros con sus dolores. Por eso nos interesa á todos. Y si leemos con gusto la historia de un pueblo extraño, leemos la de la patria con amor: es nuestro papel.

Empero si sois polacos y estais al alcance de Rusia, no canteis, ni en el santuario del hogar, un verso de vuestra heroica epopeya: bajo el dominio de Rusia, esa otra Turquía, donde el único libro es el Koran de la ordenanza guerrera, es peligroso hasta leer el Evangelio.

La mañana siguiente á la facción de servicio público, que en secreto hizo la policia rusa, diremos continuando nuestra historia, que se practicó un acto de justicia, rusa tambien, en una de las plazas mas concurridas de Varsovia. Diremos además, que lo que es curiosos de pura sangre polaca, no habia ni uno en la plaza: solo, sí, una especie de cofradía aislada, triste, silenciosa: su nombre... Caridad.

El acto de justicia fue un castigo: ¡castigo de azotes! Echamos un velo sobre este cuadro de repugnante vista que avergüenza y desmiente la civilización de Europa, desposada sesenta y tres años hace con el humanitario siglo XIX. Mas para que no se crea que alteramos subrepticamente nada de lo que pueda enaltecer la moralidad jurídica del gran Mourawieff, hé aquí la gradación penal que él mismo formuló de su puño y letra:

Al que habló de nacionalidad en desacato de Rusia.	200 azotes.
Al que leía la historia de una nacion que no existe.	100
A la que permitió el desacato.	50
Al rapaz para que olvide tan peligrosas su-gestiones.	25
Total.	375

Pero, si nosotros no, un incidente notable vino á alterar esta aritmética de azotes, sin permiso del juez numerador.

Desfallecida la buena Marta al dolor de su castigo, dos veces bárbaro, porque desnudaron sus carnes para azotarlas mejor, se dejó caer para morir, el rostro contra el suelo, y en él permanecía exánime. De repente se alzó, firme sobre sus plantas, y valerosa y fiera. Algo mas agudo aun que su dolor, vió á traspasar su corazón. ¿Qué?...

La tierna voz de un niño, que condensaba todo el dolor posible, y todo el posible amor en una invocación religiosa: ¡Madre de mi alma! Hé aquí toda la religión de los niños.

Y la madre resucitó á la invocación del hijo. Y corrió poderosa hácia el suplicio del ángel. Y hendió bravísima la muchedumbre de verdugos. Y cubrió piadosa con su ya azotado cuerpo el de la víctima niño.

Los verdugos, que como fuerzas inconscientes del aparato de matar, cumplen su oficio en matando, prosiguieron en su actividad automática hasta completar el número de azotes. Y lo completaron sin que se oyera un quejido de mujer; solo, sí, un beso largo, seguido, interminable, un beso de mil besos, derramados como bálsamo en el cuerpo dolorido del mártir pequeñito.

Ejecutado el castigo en desagravio de la vindicta rusa, el jefe de los ejecutores, que en corro separado, aristocráticamente pudiéramos decir, chupaba tranquilamente su pipa, y á quien pudiéramos reconocer por la sonrisa, se acercó á su gavilla, y con su voz rugiente dijo por fin de parodia:

—¡Valientes! ¡Viva el general Mourawieff! se acercó á su gavilla, y con su voz rugiente dijo por fin de parodia:

Un desconcierto de bramidos duro, como entre sir-tes un golpe de borrasca, contestó:

—¡Viva!!

Después del cruel castigo, aplaudido con aquella explosión horripanda de vítores, nuestro gefe (el de los rusos) hizo saber á los azotados mártires que, por la clemencia del gobierno, quedaban en libertad; pero apercebidos, añadió levantando el índice, corvo puntiagudo y lustroso como una garra de buitres, apercebidos de ser tratados con rigor, caso de reincidencia.

Dijo y despidió á su gente, tomando él otra dirección y haciendo sobre la marcha, á fuer de funcionario múltiple, empecatados apuntes ilegibles en su misteriosa cartera.

Abandonada en la plaza pública la castigada familia, la Caridad polaca la amparó; y en brazos de ella, y entre la befa impía de la morisma rusa, fue conducida á su violado hogar, donde la esperaba rebosando un cáliz de hiel mil veces mas amarga.

V.

EL SUICIDIO.

Júzgame, Señor, según mi justicia, y la inocencia mia sobre mí. (Salm. 7-9.)

La puerta estaba cerrada y llamó uno de los hombres de Caridad.

Nadie respondió.

Llamó otra vez y otra y otra y... Un silencio insistente respondió, funesto, pavoroso, sepulcral.

Hubo que forzar la puerta. Y los caritativos polacos lo hicieron con el respeto debido á lo inviolable. Y eso que fueron previamente autorizados por los dueños de la casa y por una necesidad que llamaremos pleonásticamente necesaria. Pero nuestra alusión, aunque intencional y mordiente, no puede herir de ningún modo al jefe de la policia rusa, que, históricamente, no forzó aquí ninguna puerta; pues sabido es que entró del modo mas suave del mundo... con ganzúa.

Entraron, pues, en la casa los que no debieron salir de ella, en brazos siempre, como impedidos, de aquellos piadosos reos de reincidencia (pues por delito de... Caridad, habian sido ya todos azotados,) y muy luego un espectáculo de lastimoso horror hirió la vista y el corazón de todos.

Un cadáver ensangrentado, medio desnudo, habia tirado en el suelo. Y aquellos labios secos, sin matiz, sorprendidos por la muerte en una contracción dolorosa; y aquellos ojos abiertos y escondidos, como extraviados en busca de la luz, luz de un cielo perdido; y aquellas delicadísimas manos crispadas sobre una frente joven, todo revelaba en el cadáver la amargura cruel de la desesperación.

Y sin embargo, no era repulsivo aquel semblante desesperado, pero angélico.

¡Cómo!

Una azucena pisada no está fea; está... pisada.

—¡Irene! gritaron al verla los dolientes y... no dijeron mas, como agotando todo el aliento en un suspiro. Ni era necesario mas tampoco. ¡Irene! Esta palabra era todo: lástima, acusación, hasta castigo; porque era un suspiro y una maldición. Solamente los labios empapados en hiel modulan así las palabras.

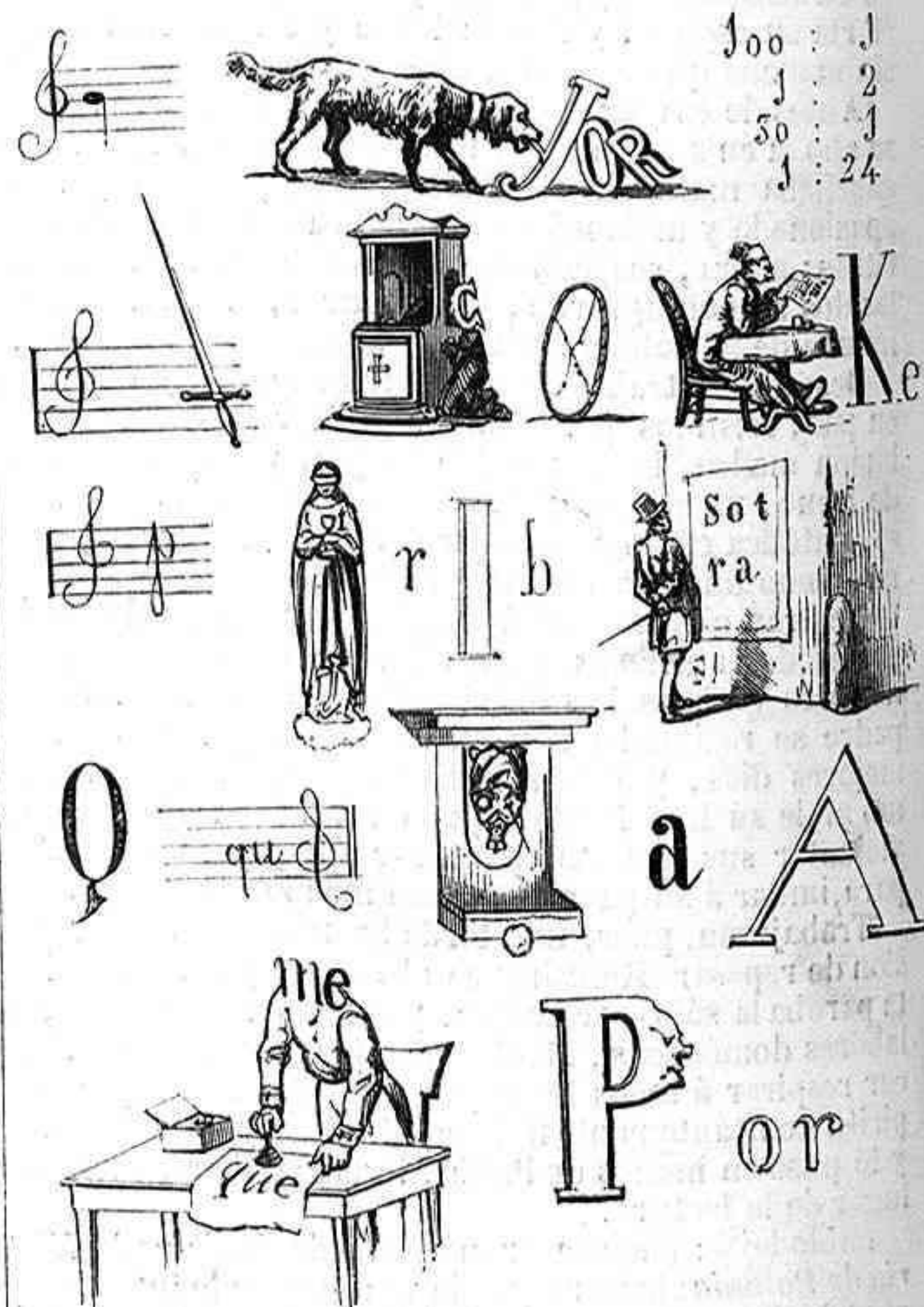
(Se continuará.)

CECILIO NAVARRO.

GEROGLÍFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Atribuyen al dinero lo que de justicia es y otras veces al revés, solo los majaderos.



La solución de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD. IMPRENTA DE GASPARD Y ROIG; EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.